La canción de R

Ricardo de la Vega

ARANDURÃ
EDITORIAL

Con este libro quise enfrentarme a la muerte. Escribiendo poemas pretendí enfrentarla. No hubo caso. Fui vencido. La vida pende de un hilo; la poesía también.

No es difícil vencer a los poetas.

Ricardo

La canción de R.

1999

Asunción - Paraguay

Ricardo de la Vega

© Ricardo de la Vega
© Arandurã Editorial
Tte. Fariña 1974
Telefax: 214 295
Asunción, Paraguay

Impresión: QR Producciones Gráficas
Asunción, Paraguay

Queda heho el depósito que marca la ley.

Indice

Prólogo 5
Sobre la poesía
que vive en este libro 7
Dedicatoria 9

La canción de R.
Primera parte

I 17
II 19
III 21
IV 22
V 24

Segunda parte

I 29
II 30
III 31
IV 33
V 35
VI 36
VII 37
VIII 39
IX 40
X 42
XI 44
XII 45
XIII 46
XIV 47
XV 48
XVI 49
XVII 50
XVIII 51
XIX 52
XX 54
XXI 56

Prólogo

La experiencia que causa el dolor se imprime a sangre y fuego en el corazón. Es uno de los más duros maestros del hombre.

El "dolorido sentir" de Garcilaso, es un protagonista exigente que fecunda notas emotivas y excelentes. La muerte de la compañera y la esposa, que textualiza "La canción de R.", es la dolorosa experiencia del poeta Ricardo de la Vega, y causa tras su lectura sentimientos de pena, calidez humana y comunión poética. Ricardo de la Vega es un poeta hondo, de impensadas metáforas, de una incomún escrituración poética. Es alguien que nos deja alelado, con un meteoro en el alma, con una daga romántica en el corazón. Su lirismo tiene algo de rapsodia, de pausado sonido, de melodía pianísima, que intranquiliza y hace pensar.

Aún recuerdo como si fuera hoy, en los trámites finales del sepelio de su esposa, al promediar la mañana y en una especie de salón circular donde las palabras tenían un raro sonido, cuando el poeta, serio y erecto cual un ciprés, emergió de entre las gentes, para hacernos escuchar los versos iniciales de este manojo. Nos contagió con su increíble pesar, cuando inició a desgranar su personal elegía situando el lugar del comienzo de su triste odisea: "El Hospital Central es mi nueva morada..."

Con justicia diré algo más. Que Ricardo de la Vega es un poeta que ya tiene luz, nombre, un lirismo firme, y la inapagable chispa de los luchadores por la acción y la palabra, que es tener una de las más grandes virtudes. Que siga en el mismo sendero.

Luis María Martínez

Sobre la poesía que vive en este libro

Las palabras, que no tienen inconveniente en hacer del diccionario un limbo, suelen hacer del poema un hogar. Y entonces viven un instante el destino del poeta. Se empapan de sudor, se humedecen con una lágrima, se mojan bajo la lluvia de quien pregunta los otros nombres de la lluvia, los otros nombres de todo cuanto sucede y es también lluvia bajo la lluvia.
¿Quién sabe entonces? ¿Quién responde? ¿Quién dice nada, o algo? El poema será por un momento albergue para preguntas y silencios. Entre una pregunta y otra ausencia de respuesta, la Canción de R. Y R cruza el río bajo la lluvia, lo cruza en el viento, lo cruza con amor, con lucha, con historia personal y miedo universal. R cruza el río como lo hacen los poetas, uniendo ambas orillas con un verso.

J.A. Rauskin

A la memoria de mi esposa.

...nadie, ni siquiera la lluvia,
tiene manos tan pequeñas.

E. Cummings

La canción de R.

Primera parte

I

El Hospital Central es mi nueva morada:
voy por sus corredores
con mi sol azotado.
Veo que hay enfermeras y gruesos camilleros
rumbo a la sombra de la esperanza
a ver qué pasa con la vida.
Veo que hay perchas taciturnas
y anhelantes de las camisas
y del polvo de los pobres.
Mi Amada duerme en la modesta cama.
Quiere llevármela la muerte,
pero yo la protejo con las manos violetas
de la pura virtud, de la ansiosa verdad,
de aquella que ha nombrado las piedras necesarias.
Me la quiere llevar,

pero yo no estoy solo:
cada baldosa me ayuda a estar de pie
y en cada espejo de la noche
mi corazón es una luna transparente.
Yo la protejo con la llama verde de los arcángeles
y de las hojas que nacen porque yo las ansío,
porque hay polleras y zapatos que son
ventanas, nubes, de amarla tanto.
Afuera está lloviendo hoy 15 de setiembre.

II

La angustia es una flor
quemando la piel de mi inocencia;
respiras y no sé
qué va a pasar con las esencias puras
de mis rosas, de las tuyas, Pequeña.
Miras, por la ventana, al cielo
buscando el apacible
pañuelo que te enjugue el dolor;
pero no hay más que acuchillados dientes,
y atormentados grises en aquel corazón.
Yo, en cambio, estoy aquí
deseando ser la llaga,
porque tengo las manos,
aún, como la tierra,
porque tengo los pulmones

más allá de la espera, y, sin embargo,
¡qué cosa!, el sufrimiento
parece sólo fijarse en ti.
Pensar que afuera hay policías saludables
como tambores, como revólveres,
que hay traidores que vivirán cien años...
Pensar que anhelo llegar, no más, hasta mañana
y mañana, contigo, tentar los pasos de nuestro mar.

¿La vida es un metal, entonces,
que te devuelve sus entrañas a cambio del alba?
No sé, no sé.
Sin ti qué haré de mi alma.

III

Ayer estaba triste.
Ceñudas raíces y nubes grandes y negras
tenía yo en la frente.
Los pies sobre la tierra habré posado,
seguramente, pero a mis cejas
las vi cavar profundos tajos en la muerte.
No pude levantar las alas melancólicas
de mi llavero, de mi zaguán,
ni de las santas monjas que atesoran
polillas estoicas en la madrugada.
De mis manos
tengo poca memoria.
¿Qué presentía
si el tiempo que te llevas
no me lo arranca nadie?

IV

Tu ombligo atrae las estrellas,
es el centro, es el color,
el obligado fuego del mundo:
en él se miran los versados animales
y pastan serenos los jamelgos del humo;
sabe lo que quiere y se alimenta de la arena,
del agua, del aire, de sí;
tierna madera tiene su corazón:
sillitas hace para siempre talladas
por las nalguitas claras, amadas, de su esperanza;
escucha atento los quejidos del alba
porque es la oreja del que nunca duerme,
del habitante, del impaciente dueño
de tus pechos fecundos,
de aquel que va a mirarme un día sin saber

que lo supe soñar, pese a perderlo todo.
Yo estoy aquí
como siempre en las nubes amargas, lejanas,
queriendo ya que venga
y mirarlo por siempre
y abrazarlo, abrazarlo.

V

Te entregan los tejados
sus gatos, sus monedas salvajes;
las palomas, sus alas, sus pisadas,
sus mañanas en calma.
Los escombros
visten los colores del día,
dejando que deambule
el gris por las paredes.
Las hojas
bailan en el viento para ti,
sin pensar que es un puro milagro.
El río
pendiente está de tus miradas
allá abajo
y aquí;

abriendo las ventanas,
estoy yo
prisionero, lo sé, de tu universo.

Segunda parte

...igual que un ángel,
triste de tan hermosa.

I

Presentía tus pasos
bajo la tierra;
eterno y silencioso
como las semillas,
adivinaba el viento
que empujaría tu sombra.
Yo, mortaja herida
de gusanos, de música,
escuchaba.

II

Estoy ahora en esos vanos ojos
que no hacen otra cosa que estar por siempre
y desde allí decirte
que lluevo
con paciencia sobre tu corazón
como infinita lluvia.

III

En los frasquitos de brillantes arenas,
en los corales profundos
que iluminan
a su manera, las baldosas
y los estantes plenos de inocentes cadáveres;
en las registradoras máquinas,
en sus cajones
que atesoran ramitas secas
y las batallas para siempre perdidas;
en las veredas de rojos bolsones
que dormitan
hombros y manos,
porque de soledad los acarician los estíos;
entre los pasos de los policías
y de los porteros que bostezan

más allá de las lluvias;
entre tus manos
y en medio,
y a lo largo y ancho de mis huesos,
hoy, te lo juro, que es martes.

IV

Nunca he mirado tanto el horizonte.
Nunca semillas ni banderas puse
ni tractores en mis ojos
que siguen de hoja en hoja todas las veredas
posibles de barrenderos áulicos
y es que están prestas las escobas
y la basura descansa botellas y papeles
para dormir en mis poemas...
Nunca he juntado así, de esta manera,
las baldosas para escuchar los pasos
del paraíso que habitan tus tacones.
Esta tarde he tocado los pies de la justicia
posible, de aquella que porfía en los mercados
como apurada madre, palmo a palmo,
hasta besar las espinas callejeras,

las palabras
que de verdad nombran la lluvia;
las manzanas rojas de la lluvia
posible
se muestran a medio despertar
para que yo las edifique,
porque tú has de llamar.

V

Sobrevivió al deshonor,
al desprecio de su propia mirada,
a las callejas de mala muerte
por donde pretendió el olvido
–debió estar en las manos
del despiadado azul
y zafarse–.
De pesadillas,
fiebre de soledad y amaneceres
supo, digamos,
que quiso enhebrar las alas de la luz,
o como se llame la esperanza.
Hoy está allí, rumbo a tus playas, nuevamente,
como si tal cosa.
Hablo de la Verdad, de Dios, de mí.

VI

No sé que hombre piensas que soy,
pero no veas en mí al cordero
puro de tus ensueños, más bien,
afílale los blancos colmillos
a este acero que nace por ti.
Las sombras hablan sólo de música
cuando trepando los muros altos
yo voy al verbo de tu cintura;
si no es así soy mar de arenas
de celos áridos, vientos de luna,
de lamas gélidas como las venas
por donde bullen las cerraduras
de tristes llaves, de espejos ávidos
del solo abismo, tal cual la lluvia.

VII

Hay días en que estás en mi corazón,
y allí, quién sabe cómo,
sueñan mis huesos
que te dan su alimento:
uno a uno mis cantos
vuelan hacia tu ombligo
y se convierten en lluvia:
gotitas de calcio,
gomas de mascar
piruetas hacen,
siempre y cuando acaben en tus venas.
Temeroso
yo te veo crecer
y que te lleven el anhelo del agua.
Pero otras veces

caminas sobre mi nombre
tirándole los restos de tu luz,
el corazón minúsculo de tu intemperie.
¿Qué hacer?
Voy a morir de veras,
de repente.

VIII

Palabras precisas me brinda la Esperanza,
abecedarios amplios, metales sin bandera,
de piedra y luz sus páginas, su nube,
su agosto perdurable.
Debo decir que es cierto:
yo estuve allí cuando nacía
abriéndome los brazos su madera alcalina.
Sabe la Esperanza que yo voy a decir
todas las piedras y es por eso
que altos sueños tengo para ti.
Serenos mares me sostienen
para que escriba tu nombre.

IX

Voy a venir sin orejas
por llamar tu atención,
sin una mano,
con un zapato hecho violín,
un piano al hombro,
el saco del revés:
la manga en la solapa
como clavel rojo de celos,
de amarilla locura las patillas,
de espuma los birretes,
y mi boca
hacia el norte de tus besos,
de tus dientes, de tus salvajes caricias
al filo de la noche.
Yo voy a zambullirme en tu alma
hasta notar que al fin respiro,

que me nacen, enteras, las costillas,
que doy vueltas y vueltas, pequeñito,
por este Amor que irremediable empuja
mis barajas al claro rumor de tu cintura.
Ya muchas veces me soñé despertando.

X

Por escapar de ti me topé con el cielo
abierto de mis manos:
cada dedo es un niño
que se toca la frente doblando lenta
la mirada hasta cantar una copita de algodón
ajena a las semillas,
pero hermana
de tus tacones en la tarde.
Cada anillo que arrojo me ata al ruedo de tu falda,
mientras crecen las malditas semanas carne adentro
como absurdo cuchillo que recuerda
para tentar después la clara muerte
y tocar las miasmas de mi alma
y sentir que es arena caliente;
vasos fríos, cadena transparente,

el mar
me habla cuando empujo las piedras de tu nombre
campo abajo, sol abajo:
sucede que encontré
las llaves equivocadas
las cartas ganadoras cuando todo acababa.
Por escapar de ti
abrigo los huesos que te añoran
con el resto que tengo
para no dar con las huellas aromadas
que nacen con tu sombra.

XI

Sólo mi sombra tiene
de tu recuerdo el agua,
la supo ella guardar
como las antiguas cenizas,
de la muerte, protegen a las espadas.
Ella tiene las ondas,
el caracol oscuro,
la lluvia,
el golpe suave de tus ojos.
Vacío,
yo vengo aquí a mirar los charcos
que te vieron partir.

XII

Cuando triste estoy
me dejo
ser, no más, en los tejados:
allí, nube tras nube,
estrella sobre estrella,
cuezo las habas de la tarde.
Nadie sabe de mí
y nada me interesa.
Las hojas, sin embargo,
de a poquito, jugando,
hacen como tus manos.

XIII

Cómo hacerte llegar estas palabras,
cómo hacerlas de fuego,
de lluvia, cómo hacer
que deambulen a tus pies
tal niño y que tire
de tus faldas llamándote,
zancadilla te haga,
sombras a tus ojos.
Te besen como la madrugada,
como los rastros leves a tus pasos.
Hacértelas llegar y que me nombren.

XIV

No me quites el pan,
no me quites la lluvia;
callado, aperitas mirando, amparo
yo tu sombra como un latido insomne;
no me lleves la canción:
las calles son nada más que manos
cebadas en el vino de mi espera;
regrésala, no sé de dónde,
pero es mía;
estoy aún en la barriga del mundo
para nacer por ella;
casi tiene mis ansias
y mi voz
y es la piedra que arrojaré en el tiempo.
Día a día yo te veo partir.

XV

Quiero saber qué playas
ronda el mar sereno de tus ojos;
cuál es la rosa que lo hiere
al solitario,
al terso mar de tus ojos.
Esta espuma te anuncia,
pero, ¿dónde tus olas posan
las perlas diminutas,
aquellas bailarinas,
claras como tu niña?
Barajas tienen tus ojos,
música oscura este viento.

XVI

Hay palabras que retornan al corazón,
dejan sus alas y desnudas
se arrojan a ese río
que nunca les dejará partir.
Vuelven hechas madera,
miradas amanecidas,
cortinas de una ventana
abierta de par en par al perfume
tan anhelado como el mismo sueño.
Sombras, esquinas, tu nombre,
son aquellas palabras
que con el tiempo
serán el propio latido.

XVII

Tu boca es la palabra
con que mi sangre nombra
ese momento grave,
silencioso, tardío,
esos minutos grises
en que te doy la vida,
vida mía que giras
en estas calles viles;
calles quietas que roban
estas quebradas horas.
Tu boca es el abismo
que me devora el alma.
Tu boca es el recuerdo
que me lastima en sueños,
como una tierna llama.

XVIII

Cargo con todas las penas del mundo.
Cada pequeña lágrima
pesa en mi espalda como una alita
roja de dolor, de hambre
(a veces Dios me extiende sus oídos:
es así entonces que cantan
niños ladrones en mis brazos
y a mis versos regresan
como si hubieran muerto).
Pero hoy he vuelto a casa
con ropas empapadas de sudor
y huellas digitales;
ayer me vine con el viento y el frío.
Ayer traje las sombras.

XIX

Las moscas proletarias,
el cachetazo vano,
el cadáver, el humo,
las iglesias, el Cristo,
enteritos se unen
pariendo este dolor;
sintiéndote de a poco
yo voy como una madre,
los guantes pequeñitos,
los asombrados ojos,
el rumor de tus tacos
y tu marina sombra
mecen tus dulces alas
en mis negras costillas.
Nada como tu sombra.

Gestándote el aliento,
el verbo, te regreso.

XX

Tengo del amor
sólo el cadáver perfumado,
azul tal cual los dientes del verano,
tibio aún
porque sus horas últimas
hollaron mi alma.
Mío es su olor,
mías sus piernas luminosas,
mío es el paraíso que habita en sus tacones
y mías sus cadenas
que el torbellino duende
arrastra del comedor al patio de los perros.
Sé de sus aguas,
de sus vellos secretos,
sé que esto no es más que espera

cuando junto mis manos,
cuando me doy palmadas de saludable olvido,
cuando respiro serenamente la noche.
Sé de sus aguas,
pero nunca me llegan sus mañanas.

XXI

Respira el alba porque camina
suavemente hacia tus manos el viento.
En pañales, el día,
gatea por las orillas de los corazones.
Callados gatos regresan a los espejos.
Cuatro o cinco alfileres bostezan
y los ficheros amarillos,
como siempre,
arrugan la luna en los cajones.
No siempre faroles habrá
que limpien su barriga en el rocío,
pero hoy
todos en esta cuadra te soñaron
y preñados despiertan
de la tristeza

que en los zaguanes,
apretando parejas,
se descubre la frente.
Yo voy rumbo al trabajo,
hiriendo levemente el horizonte.

Indice

Prólogo 5
Sobre la poesía
que vive en este libro 7
Dedicatoria 9

La canción de R.
Primera parte

I 17
II 19
III 21
IV 22
V 24

Segunda parte

I 29
II 30
III 31
IV 33
V 35
VI 36
VII 37
VIII 39
IX 40
X 42
XI 44
XII 45
XIII 46
XIV 47
XV 48
XVI 49
XVII 50
XVIII 51
XIX 52
XX 54
XXI 56

Se terminó de imprimir
en agosto de 1999, en
QR Producciones Gráficas
Tte. Fariña 1074 c/ Brasil
Telefax: 214 295
Asunción, Paraguay

Cómo hacerte llegar estas palabras,
cómo hacerlas de fuego,
de lluvia, cómo hacer
que deambulen a tus pies
tal niño y que tire
de tus faldas llamándote,
zancadilla te haga,
sombras a tus ojos.
Te besen como la madrugada,
como los rastros leves a tus pasos.
Hacértelas llegar y que me nombren.

I.S.B.N. 99925-45-09-7